

miento ó acierto en el estudio de los caracteres, y además su corte es un tanto anticuado, presumo que no podría volver á representarse honrando la memoria de su autor.

.....

Al terminar el estudio sobre Pedro Antonio de Alarcon, necesito condensar mi juicio sobre el escritor ilustre.—Entiendo que algunos de sus *Cuentos* y de sus *Viajes* no tienen par en nuestras letras. Creo que de sus novelas,—sin que lleguen á tanta altura,—no puede prescindir la historia del renacimiento glorioso de este género en la segunda mitad de nuestro siglo. Añado que Alarcon vivirá más por la *forma* que por el *fondo*, y que su mejor título á la inmortalidad es haber crecido en maestría literaria al par que ahondaba en la genialidad nacional: ser más español cuanto más artista.



DEL AMOR Y LA AMISTAD

(Á PRETEXTO DE UN LIBRO RECIENTE¹.)

VAYAN por delante los textos. Son un párrafo final y una nota final también en la última obra del Sr. González Serrano, pensador muy asiduo, catedrático de Filosofía, colaborador de Revilla, y autor de no pocos folletos y libros, ya de carácter doctrinal, ya de indagación libre y varia; en todo lo cual veo suficientes motivos para que, antes de calificar de extraña una proposición suya é impugnarla á mi modo, le pida excusa y le salude cortésmente,—rogándole considere prueba de estimación personal este artículo de controversia.—Ahora la proposición ó proposiciones. Son como sigue:

¹ Estudios psicológicos, por Urbano González Serrano. —Un tomo.—Madrid, 1892.

«Lo complejo de los vínculos de la amistad y del amor ofrece su anverso y reverso. Consecuencia de la ceguedad por el amigo, de la abnegación que le acompaña, y del placer que con su trato se siente, es la conexión de la amistad (llevada á sus extremas manifestaciones) con el amor. Y de otro lado el amor, con sus excitantes, que á veces relajan y en ocasiones alteran el vínculo de la amistad, señaladamente entre individuos de sexo opuesto¹, ofrece obstáculos al tranquilo afecto de los amigos. Pero aun así, debe consignarse el parentesco inmediato de ambos vínculos, pues el obstáculo que el primero opone al tranquilo afecto de la admistad queda en parte destruido, cuando se reconoce con Proudhon que «en las almas escogidas el amor no tiene órganos» ó con el poeta que «la belleza (y, por tanto, la bondad) es un ángel que carece de sexo».

Ahora la nota, más explícita :

¹ «Se ha discutido mucho si es ó no posible la amistad entre individuos de sexo diferente. Sacrificada la mujer al

amor y á la maternidad, enferma y sierva de su propia constitución luego que es mujer, no es capaz de grandes amistades. La suya con el hombre tiene además el peligro inminente de ser suplantada por el amor, sobre todo desde que comienza la pubertad (clavo histérico) hasta el amortiguamiento de las pasiones. Aun calmadas éstas, siempre luchará la amistad con las tendencias opuestas de cada uno de los sexos. Si la mujer se acerca, merced á una educación ficticia que la saque de su medio adecuado, á la condición del hombre (ejemplo las amistades de madame Roland ó la más moderna de Flaubert y J. Sand), ó si el hombre se asimila preferencias y gustos propios del sexo femenino, en ambos casos será la amistad difícil, quebradiza y vidriosa, señaladamente si ha de llegar á aquella intimidad de afectos, que se establece entre amigos verdaderos.»

Aunque el primer párrafo adolece de obscuridad, y ambos son un tanto contradictorios, yo presumo que les he sacado en limpio la substancia, reducida á negar la posibilidad de amistades firmes, puras y sinceras entre hembra y varón. Ó lo que es lo mismo: el Sr. González Serrano, pensador avanzado con sus ribetes de heterodoxo (entre los *heterodoxos españoles* le contó Menéndez y Pelayo), cree, con la sabiduría popular, que

«entre santa y santo, pared de cal y canto»; y repite con el poeta que

«Mujer posible, es tentación probable;
Mujer probable, es tentación segura.»

Harto sé que esta opinión, expresada por los refraneros y la poesía en concisas sentencias, y por el Sr. González Serrano en períodos un poquillo abstrusos, es la más trivial, la que está más á flor de labio, y la que repite el vulgo cuando discute—en términos previstos de antemano—las relaciones sociales fundamentales de los dos sexos, ó sea *el amor y la amistad*. Y sin embargo, ni la experiencia ni el raciocinio militan en favor de esa opinión común, por lo cual, si admito que la muchedumbre irreflexiva y poco observadora la sostenga, no transijo con que la apoye uno de nuestros contados pensadores, nada menos que en unos *Estudios psicológicos*, fechados en 1892.

Esa opinión injuriosa, calumniosa y falta de base, es una de las distintas

armas de mala ley que se emplean para circunscribir á la mujer á un orden limitado de relaciones, no dejándole, fuera de ellas, otro recurso de que echar mano sino el horror de la miseria ó la ignominia del libertinaje. Declarando *ipso facto* sospechoso el trato entre personas de distinto sexo, poniéndole cerca el resbaladero afrentoso de la inclinación meramente sexual, se crea una atmósfera en que la mujer no respira, y se perturba su espíritu y se mancha su imaginación y se la obliga á desconfiar de sí misma y de todos. Las ocupaciones y tareas que no pueden desempeñarse sin roce frecuente entre mujeres y hombres, rodéanse de una penumbra siniestra, obscura, inmoral por eso sólo: la mujer postrada de hinos ante el confesonario no busca allí luz y guía espiritual, sino que persigue un ensueño sacrílego: la joven discípula, pendiente en el aula de la voz del profesor, no aguarda que baje á su entendimiento el maná de la ciencia, sino que espera apuntar un nombre más en la lista

de sus adoradores... y así podríamos seguir enumerando casos, como los enumera lá rutinaria malicia, perpetuo *Galeoto* de esta sociedad defectuosa y atrasada.

No crea el Sr. González Serrano que me hago la inocente, ni que niego la inmensa potencia de la palanca universal, ó sea la recíproca atracción de los sexos. La reconozco; la concedo cuanto importancia reviste; la acepto como sentimiento cardinal, avasallador; pero no incurro en el ilogismo de pensar que sus efectos pueden ser distintos en un sexo que en el otro, ya que para la propagación de la especie—fin natural á que se ordena la atracción mutua del hombre y la mujer—la naturaleza necesita del concurso de ambos. Por eso yo, que gusto de ir al fondo de las cosas y ponerme los problemas del modo más directo, no escribiría jamás que la mujer «no es capaz de grandes amistades», porque se encuentra «sacrificada al amor»; toda vez que, en cierto modo, «sacrificada al amor» está, no la mujer, sino en conjun-

to la especie humana. De los quince á los cuarenta y cinco, ó más arriba, si á mano viene, suele andar el hombre zarandeado y hecho un azacán tras la mujer, como la sogá tras el caldero; por ella derrocha salud, honra y hacienda; por ella malogra la vocación social, sin hablar de la vergüenza y la conciencia, (pues ya sabemos que es cosa convenida que en estos asuntos, no están obligados á tenerla los varones) por lo cual induzco que ese *clavo histórico* con que el Sr. González Serrano nos atraviesa como el entomólogo á la mariposilla incauta, también lo deben de llevar hincado en alguna parte nuestros mayorazgos los hombres...

«Enferma y sierva de su propia constitución» declara el Sr. González Serrano á la mujer *desde que lo es*. Paréceme que esta teoría la he leído hace años en un libro muy baboso de Michelet, titulado *El amor*, libro que otro pensador francés, Caro, definió, diciendo que era *la fisiología comentada por la sensualidad*. De hecho no he comprobado nunca

tal estado de enfermedad perpetua en la mujer, sobre todo si lleva vida higiénica y prescinde de la oriental secuestación á que está condenada por los moralistas que aún la ven al través de las venerables preocupaciones de impureza bíblica. El mismo trabajo desempeñan en el servicio doméstico las criadas que los criados; en muchas comarcas de mi tierra gallega, es la mujer quien se encarga de las labores penosas, arrojando la intemperie y adquiriendo un rejo y un garbo que envidiaría Dulcinea para ahechar trigo; y si los datos experimentales sirven de algo en estas cuestiones, y la hembra de la plebe aldeana ó urbana es *mujer* (he observado que casi siempre los escritores toman por tipo de comparación á la burguesa, es decir, á la hembra *más inmediata*), mal parada va á quedar esa teoría que representa á la mujer hecha un emplasto, y fluctuando siempre, cual las actrices de los teatrillos, entre la convulsión y el soponcio.

Proceden en esto los que piensan como

el Sr. González Serrano (y se llaman legión) á la manera de aquel indio de Becquer, que

«... con torpe mano
hace de un tronco á su capricho un Dios,
y luego ante su obra se arrodilla...»

ó como procedería el antropólogo que, al reconocer el cráneo de uno de esos salvajes llamados *Omaguas de cabeza mitrada*, á quienes las parteras desfiguran el cráneo con tablillas, pensase que la *mitra* ó prolongación era natural, y de este supuesto dedujese consecuencias científicas. Antes de resolver si la mujer es capaz ó incapaz de esto ó de lo otro, hay que principiar por averiguar si el estado actual del sexo es fruto precisamente de una educación, no *ficticia* (como supongo que por errata de imprenta reza el texto del Sr. González Serrano), sino *fáctica*, es decir, artificiosa, opuesta á la naturaleza. Lo dice explícitamente Stuart Mill: en el estado social actual de la mujer, no es posible presumir de lo que en

efecto sería capaz, si le fuese lícito, como al hombre, elegir su camino, y desenvolverse con espontaneidad absoluta, física, moral é intelectualmente. En opinión del insigne filósofo inglés, las diferencias que hoy se notan entre el carácter y aptitudes de la mujer y las del hombre, pueden muy bien ser producto de las circunstancias, sin que haya diferencia de capacidad natural. Precisaré algo más para venir al punto concreto de este litigio, porque son tan complejas y varias las cuestiones que por conexión pueden suscitarse, que necesito ceñirme al asunto y no perderme en generalidades.

La mujer no es capaz de grandes amistades, dice el Sr. González Serrano, porque está sacrificada al amor y á la maternidad, y porque está siempre enferma.—De aquí parece seguirse que el hombre es capaz de grandes amistades porque no está sacrificado á la paternidad ni al amor, y porque está siempre sano. No es culpa mía si enunciada así hace sonreír la proposición. En buena lógica ya sabe el señor

González Serrano que quien niega un supuesto afirma el contrario.

Ahora bien: ¿qué ha querido expresar el Sr. González Serrano al decir que la mujer está sacrificada al amor y á la maternidad? ¿Que en la mujer, amante, esposa y madre, estos afectos se sobrepondrán á los amistosos? Regularmente sí, y también los de hija, hermana, etcétera. Lo mismo que en el hombre; porque siempre será caso excepcional el que un amigo resulte preferido, antepuesto, como tal amigo, á la familia. No hay sino fijarse en lo pronto que se desligan y rompen las amistades estudiantiles, y se afloja la intimidad entre compinches y amigotes cuando el hombre se casa.—He de añadir que la amistad acendrada y verdadera es sentimiento raro. La antigüedad nos ha transmitido mil leyendas amorosas por una sola amistosa, la de Orestes y Píldes. Á menudo el hombre llama *amistades* á meros *conocimientos y frecuentaciones de carácter ocasional*, y se cree amigo de otro porque los dos son de un

mismo pueblo, ó de un mismo regimiento, ó de un mismo comité, ó inquilinos de la misma casa, ó miembros de tal academia, ó contertulios de tal señora.... He de añadir que por iguales causas se fantasean *enemistades* y odios corsos, y ni la amistad ni la enemistad tienen el menor arraigo: y si no, cambien de regimiento, varíen de comité, múdense de casa, dejen de concurrir á la tertulia.... y verán qué presto cesa la excitación psíquica que acompaña á todo afecto de amor ó de odio.

En cuanto á lo que pueda influir sobre la capacidad amistosa de la mujer su estado de enfermedad, no quisiera insistir mucho, porque para impugnar hace falta materia impugnable, y ahí no la veo. Si el Sr. González Serrano quiso indicar que la mujer es un ser inferior y por eso incapaz de amistad, yo admito provisionalmente su calificación, y le recuerdo que en seres inferiorísimos, en los irracionales, se dan altos ejemplos de amistad desinteresada y pura. La del perro por el

hombre es proverbial: Byron llamó á *Boatswain*, hermoso ejemplar de la raza terranovense, su *único amigo*, y encomió en larguísimo epitafio sus condiciones de desinterés, fidelidad y nobleza. Paréceme que, lejos de ser la amistad patrimonio exclusivo de gente superior, hay en ella algo de instintivo que hace más apto para la amistad vehemente al pueblo bajo y rudo. Hace pocos años fueron ejecutados en Madrid tres reos de horrible crimen: una pareja de adúlteros y un asesino instigado por ella, que había degollado ó apuñalado al esposo mediante ínfima cantidad de dinero.— Cuando le argüían é increpaban por haber cometido tan negra acción sin más aliciente que el de diez ó doce reales, contestaba el muy bárbaro: «Algo se ha de hacer también por un amigo.» ¡Este era un Pilades.... á su manera!

Respecto al estado de enfermedad continúa de la mujer, ni la experiencia confirma tal aserto, ni los casos que pudieran citarse en comprobación de él se deben:

admitir sin examen detenido. Si se demuestra (y la demostración es bien fácil) que el método de vida impuesto á la mujer la predispone á ciertos padecimientos, no habrá que achacarlos á la complexión del sexo femenino, sino al sistema que los fomenta y provoca. El funesto sedentarismo, la claustración enervante, son responsables de las tres cuartas partes de esos malecillos que ya Santa Teresa aconsejaba á sus monjas despreciar. Así y todo, aun con la irracional manera de vivir y de vestirse que sufre, la mujer alcanza por término medio más avanzada edad que el hombre. Hay más viudas que viudos; más viejas acartonadas que viejos recios. No es del caso detenernos en investigar el por qué. Lo que digo es que la maternidad y sus antecedentes y consiguientes en el organismo femenino no son tales enfermedades, sino trámites de una función fisiológica,—igual que la digestión y asimilación de los alimentos, aunque ocasionalmente engendren afecciones del estómago.—Y si la

maternidad es completa; si en un organismo sano, fuerte, bien preparado, sigue al alumbramiento la lactancia... entonces la normalidad se afirma, el cuerpo se robustece, la vida llega á su plenitud. Yo en esto hablo por experiencia.

Y ¿qué mucho? ¿Había de ser la naturaleza tan inconsecuente que, al atribuir á la mujer la gestación y la lactancia, la afligiese por la misma razón con males crónicos y la clavetease con esas tachuelas histéricas tan inconvenientes? ¡Ah! No es la naturaleza; es la sociedad tal cual hoy se encuentra constituida quien acaso desequilibra á la mujer.

La notoria ilustración del Sr. González Serrano no me permite poner en duda que conocerá las tendencias novísimas, contrarias al viejo criterio de separación y oposición de los sexos masculino y femenino. La *coeducación* se basa en la idea de que ese apartamiento y estado como de guerra era funestísimo á las dos partes beligerantes, exasperando la fantasía, aislando las almas, cargando

de pólvora los sentidos, y estableciendo un orden de distinciones, privilegios, y limitaciones incongruentes que no pueden conducir sino al estacionamiento de la cultura y del adelanto moral y social. Cabalmente la aspiración que hoy late y mañana se revelará con toda su fuerza (pues lo que está en la conciencia descende tarde ó temprano á la ley y á la costumbre) es la fraternidad amistosa como tipo normal de relación entre las dos mitades del género humano. Tolstoy ha expresado varias veces este ideal, sacándolo de quicio y condenando el matrimonio en cuanto relación sexual fisiológica: exageración que no ha prevalecer, pero sí lo que hay de verdadero y justo en su misma exaltada pureza.

Quizá el Sr. González Serrano sólo haya pretendido sugerir que la amistad entre personas de diferente sexo está expuesta á transformarse en amor. Aunque el caso sea menos frecuente de lo que se piensa (si hay en efecto precedentes de *amistad* propiamente dicha), yo no ne-

garé la posibilidad, y sólo diré que nada prueba en contra de la capacidad amistosa femenina. Todos nuestros sentimientos (digo *nuestros* refiriéndome á la humanidad), pueden bastardearse, y se bastardean, por desgracia, cuando Dios nos deja de la mano. Monstruoso es, pero se han visto padres enamorados de sus hijas con nefanda pasión. En las relaciones amistosas entre varones también caben extrañas y morbosas anomalías, y dicen graves historiadores que en ellas se fundaba el valor desesperado de los héroes de las Termópilas.... Aberraciones lastimosas, que no son indignas del análisis de un psicólogo concienzudo, pero no pueden servir de base á clasificaciones generales como la que hace el Sr. González Serrano, declarando á la mujer incapaz de amistad, sólo porque, en algunas, esta amistad llegue á convertirse en otra inclinación menos desinteresada y honesta.

Confieso que me agradaría saber, no para entablar discusión, sino por curiosidad, qué entiende una persona de tantos

conocimientos como el Sr. González Serrano por «educación facticia que saque violentamente á la mujer de su medio adecuado.» No me sorprenderá (¡qué había de sorprenderme!) el que para el señor González Serrano sea facticio y violento en la mujer lo que es natural, honroso y racional en el hombre. Repito que estoy á prueba de sorpresas. De fijo que el Sr. González Serrano tiene á su compañero de profesión y de glorias y fatigas en el cultivo de la metafísica, el Sr. Orti y Lara, por un inquisidor tremebundo. Pues no me admiraría que el Sr. Orti y Lara, preguntado acerca de la capacidad amistosa de la mujer, respondiese: «Ya se ve que creo en ella. Me basta recordar la nobilísima y celestial afición de Santa Teresa á San Juan de la Cruz...»



LA FE,

NOVELA DE ARMANDO PALACIO.

POR esta vez el escritor asturiano ha sabido elegir con más tino y cautela eso que llaman el *medio*. Los desaciertos evidentes y los trazos de brocha gorda de *La Espuma* eran debidos al propósito de retratar de memoria un mundo que los Colones intuitivos de la novela nombran Eldorado, Cipango ó Catay, y describen con tan fantásticos tonos como describían á América, antes de verla, sus futuros descubridores.—Árdua es la navegación del gran mundo, y en cambio familiar y practicada mil veces la del pueblecillo chico de provincia, sea de la costa ó del interior, y Pereda y Armando Palacio han entonado en distintas novelas ese fondo, siempre con habilidad, soltura